

Apuntes para una historia de la etnia zapoteca

Stefano Varese¹

¿De qué manera se ubica el desarrollo civilizatorio zapoteco prehispánico en el contexto global mesoamericano? ¿Hasta qué punto la pertenencia de los zapotecos a la gran región mesoamericana constituye una razón suficiente para asimilar su proceso histórico a los grandes rasgos y líneas de la historia mesoamericana general? Creemos que es importante delinear someramente los grandes momentos del desenvolvimiento civilizatorio de esta parte de América revelando aquellas características que son peculiares de la región oaxaqueña en general y de la etnia zapoteca en especial, para no contribuir a distorsionar y a expropiar a la sociedad zapoteca contemporánea la especificidad de su historia. Porque es inevitable el riesgo de ofuscar la historia particulares de las etnias específicas de esta parte de Mesoamérica en beneficio de la historia general considerada a partir del centro espacial y temporal de la sociedad mexicana y del momento crucial de su derrota con la caída de Tenochtitlan a manos de Hernán Cortés el 13 de agosto de 1521. ¿Por qué preocuparse de diferenciar la historia étnica de una historia general, más “gruesa” y comprensiva de toda la región mesoamericana? En primer lugar porque la región civilizatoria oaxaqueña, y especialmente la zapoteca, aun en los momentos de mayor expansión mexica² mantuvo una excepcional autonomía política y cultural; en segundo lugar porque en la medida en que se logre una etnia será más factible detectar también las tendencias contemporáneas de la misma y los modos característicos en los que se continúa expresando.

¹ Las siguientes páginas forman parte de un borrador del libro sobre la historia y la cultura zapoteca que empecé a escribir hace casi tres años y que por azares del trabajo no he podido concluir. El intento, momentáneamente interrumpido, aspira a recomponer, en sus grandes líneas, la “larga historia” de la etnia zapoteca como fundamento para la comprensión de su presente político y cultural. Las citas son precarias en su forma pero no por eso menos verídicas.

² Hay varios nombres con los que se conoce la sociedad militar expansionista que a partir del siglo XIV d.C. y desde el Valle de México intentó someter a los grupos étnicos del centro y sur de México y Guatemala actual; nombre que en diferentes momentos de su desarrollo esta sociedad misma se atribuyó u otros le aplicaron: azteca, por su mítico lugar de origen Aztlán, es decir los chichimecas de Aztlán; tenochca; colhua mexicana; véase Wolf, *Pueblos y culturas de Mesoamérica*, México, Ediciones Era, 1974, p.130.



Es a E. Wolf que debemos una de las más claras, totalizadoras y articuladas exposiciones de la historia mesoamericanas desde sus orígenes hasta la actualidad. Nos basamos en este trabajo para sintetizar algunos de los momentos generales y comunes más significativos de la historia de Mesoamérica y, al mismo tiempo, para detectar unas diferencias y peculiaridades del proceso étnico zapoteco que de alguna manera en su trabajo pionero comprensivo no pudieron ser establecidas.

Dos hechos llaman la atención en la historia zapoteca cuando se le compara con la historia general mesoamericana.

a. En primer lugar no hay evidencia arqueológicas o etnohistóricas de que el área de civilización zapoteca fuera objeto de alguna de las numerosas invasiones o movimientos toltecas tan característicos para casi todas las regiones culturales de Mesoamérica, desde la zona purépecha (tarasca) hasta los espacios de las actuales naciones de Nicaragua y el Salvador, y que se dieron a partir del año 800 d.C. (la emigración de los toltecas desde Cholula, México central, hasta Nicaragua donde tomaron el nombre de pipil, los nobles) y que duraron hasta el año 1348 d.C. (la fundación de la ciudad de Tlaxcala por parte de un grupo tolteco-chichimeca de hablantes nahua y otomí). En relación con esta capacidad zapoteca de mantener un grado de autonomía política y civilizatoria a lo largo de cinco siglos de invasiones, movimiento étnicos, guerras, reorganizaciones políticas y espaciales llevados a cabo por los varios grupos guerreros tolteco-chichimeca, se encuentra el otro fenómeno relevante: el territorio y la sociedad zapoteca se mantuvieron con un alto grado de autonomía y casi totalmente libres de la posterior dominación mexicana. Aunque evidentemente desde el punto de vista de la historiografía oficial azteca (prolongada después de la invasión española con carácter de historiografía central o de metrópoli) se mencionan las expansiones y conquistas llevadas a cabo durante las épocas de Axayacatl



(1469-1479), Ahuitzotl (1486-1502) y Moctezuma II (1502-1520) que habrían logrado una cierta supremacía mexicana en los territorios de la región oaxaqueña.

b. El otro aspecto que nos importa señalar es el carácter excepcional que ha tenido el desarrollo de la formación civilizatoria zapoteca si se compara con la progresión del resto de Mesoamérica. En base a las evidencias arqueológicas, que E. Wolf recoge y resume, la progresión del desarrollo de la formación social y civilizatoria de las sociedades mesoamericanas habría pasado de una época de aldeas agrícolas autónomas y semiautónomas a la formación de varios sistemas político-religiosos teocráticos para terminar en una serie de sociedades militaristas que desembocan finalmente en la expresión máxima del militarismo mexicano, poco antes de la conquista española. La progresión zapoteca, en cambio, se nos manifiesta diferente: la primera muestra de centralización que aparece está vinculada a un ascenso de tipo militarista (Monte Albán II), seguida por una formación teocrática relativamente descentralizada y para concluir, hacia los siglos XV y XVI de nuestra era, con una fragmentación en una serie de ciudades rectoras y aldeas tributarias.

Tal vez los dos conjuntos de hechos que señalamos no sean tan desvinculados entre sí, sino respondan más bien a una tendencia estructural. Quizás que el sistema teocrático no altamente centralizado y la articulación de una estructura de convivencia de varios centros tributarios rectoras de aldeas sean los responsables del talento manifiesto de la etnia zapoteca de oponer una resistencia civilizatoria más eficiente a la expansión mexicana antes y a la invasión española después. No tanto una estrategia de fuerza compacta, que se demostró inviable en el caso de los mexicanos frente a los españoles, sino una estrategia de adaptaciones múltiples y diferenciadas, de tipo coyuntural, resultado en cada caso de evaluaciones y decisiones sociales específicas. Tendencia de la colectividad zapoteca que nos parece puede detectarse a lo largo de toda su historia y del presente. Se trata de una aptitud y una capacidad que se derivando una tradición



política y cultural que tiene que ver mucho con la practica social de gestiones locales y parciales, de ciudades rectoras y sus aldeas tributarias; capacidad de gestiones autónomas flexibles y, en este sentido, estratégicamente más adaptables que las actitudes políticas desarrolladas en un sistema altamente vertical, jerárquico y autoritariamente violento como el mexica. Sistema este último, que en su rigidez totalitaria bloquea toda posibilidad de respuesta política y organizacional imaginativa y autónoma. Sistema que históricamente creó en su interior las condiciones de su propia derrota y que presentó una fisura muy vulnerable frente a la invasión europea en su estructura política, pues con la decapitación de sus estratos dirigentes centralizados en una única cumbre de poder, el entero político social pudo ser articulado con relativo éxito por los conquistadores.

¿Cuál había sido el destino de los quince siglos de civilización teocrática que se había desarrollado en algunos de los lugares más importantes de Mesoamérica? ¿Cuáles habrían sido las bases económicas, sociales o ideológicas que permitieron este desarrollo a partir del 900 a.C que condujeron después esta formación civilizatoria a su propia destrucción? ¿Cuáles las contradicciones internas y cuáles las agresiones foráneas que llevarían esta formación a su derrota histórica aproximadamente en el siglo VIII de nuestra era y después a través de más de seis siglos de violencia militar desembocarían en la instauración del militarismo mexica en el siglo XIV?

Es alrededor del 900 a.C. que empiezan un largo proceso de diferenciación social y que las relaciones entre las ladeas de agricultores mesoamericanos se vuelven complejas y diversificadas. Aparecen los primeros intercambios de bienes y las primeras diferencias en las sepulturas: unos hombres de las aldeas tiene derecho a más lujo en su muerte y en su vida que otros miembros de la misma aldea. Y estos hombres que visten de distinta manera, son sepultados aparte y son representados en figuritas de barro, se vuelven personajes dominantes de la escena social así como, dominante del espacio, es



el lugar especial en el que viven: el recinto sagrado. Son ellos los que regulan el orden cósmico que no es sino el arquetipo y el sustento del orden social; son ellos lo que a través de estudios y observaciones reconocen y codifican las reglas del tiempo social y universal. Elaboran el calendario agrícola y el calendario ritual, regulan las labores agrícolas, codifican las reglas y tiempos para preparar la tierra, para sembrarla, para cosecharla y para dejarla descansar. Son los sacerdotes lo que encuentran la manera de vincular el tiempo individual, de la existencia personal, de la cotidianidad, al tiempo universal, al recurrir ordenado y protector de un ritmo que es cósmico y social, que existió antes de cada individuo y seguirá existiendo después de cada muerte.

Esta preocupación recurrente y obsesiva por el tiempo individual, social y cósmico llevará el complejo civilizatorio teocrático mesoamericano a la elaboración de un sistema calendárico básicamente unificado. Sistema que expresa la preocupación social por encontrar un sentido y un orden universal, pero más que esto, sistema que manifiesta al mismo tiempo una entera concepción cosmológica que por muchos siglos dará una tónica especial a la visión del mundo y a las ideologías de la mayoría de las etnias indígenas de México. Cada universo, cada mundo dispone de una determinada cantidad de tiempo, consumido el cual inevitablemente termina en una catástrofe. Y cuando un universo se ahoga en un diluvio o es consumido por el fuego, un nuevo cosmos nace y es recreado para terminar él también en la violencia de los elementos. Esta concepción cíclica de un drama cósmico inevitable, permanentemente amenazante, se prolongará por siglos en la conciencia y en la memoria colectiva de los pueblos indígenas de México. Sobrevivirá a la destrucción del complejo civilizatorio teocrático, se agudizará en la violencia de la sangre y de los sacrificios humanos de la época militarista tolteca-chichimeca y mexica para reafiorar en algunas gestas heroicas de revueltas y sublevaciones o en las manifestaciones y actitudes populares de los campesinos de las viarias etnias indígenas. Conciencia aguda de la inevitabilidad del destino universal y por lo mismo conciencia heroica de la vida y de la muerte.



Originando en el calendario agrícola, de importancia fundamental para medir los tiempos de crecimiento y los tiempos de descanso de los campos, es decir como elemento esencial de la tecnología agrícola del sistema de barbecho, el calendario ritual fue volviéndose más complejo y rico en significados simbólicos basados en el reconocimiento esotérico de los números y en su potencialidad predictiva. Regularidad y ritmo implican repetición y predicción. Pero esta operación de creciente complicación significó al mismo tiempo un alejamiento de este conocimiento de las posibilidades del pueblo, una privatización clasista del calendario y la información que éste contenía.

El *piye*, calendario zapoteca, como el *tonalpohualli* mexica, constaba de 260 días divididos en 4 períodos de 65 días cada uno llamado *cocijo* o *pitao*, según el *Vocabulario* del padre Córdova. Estas unidades a su vez se dividían en 5 períodos (*los cocij* o *tobicocij*) de 13 días cada uno. Para cada día había un nombre específico. El nombre del día que comenzaba el ciclo mayor, *piye*, o el ciclo de 65 días *cocijo*, servía para denominar dichas unidades. El nombre de la divinidad de la lluvia y del relámpago *Cocijo* (el Tláloc mexica) designa, preside o es el mismo para las 4 unidades básicas del ciclo anual.

La designación *pitao* es una aumentativo que es atributo de muchas divinidades zapotecas (*Pitao Cozobi*: divinidad del maíz y los alimentos; *Pitao Xoo*: divinidad de los temblores) y cuyo contenido etimológico se puede descomponer en: *pi*, *pe*, *be*, *bi* = aire, soplo, viento, verbo + el aumentativo. *Bi* en el zapoteco contemporáneo del Istmo significa aire, viento y se transforma en *me* en el zapoteco de la sierra del Sur para significar viento. Pero al mismo tiempo la partícula *pe*, *be*, *bi*, *me* es la raíz esencial de la designación de la humanidad: *men*=gente, en zapoteco de la sierra del Sur; *me'ngúí*=hombre; *menuná'*=mujer; *ben xaa*=la gente de las nubes, los zapotecos del Valle; *binni* =la gente, el pueblo, en el Istmo. Así que la raíz de la designación humana y de la esfera de lo sagrado, de los atributos de los dioses, coinciden y participan de una



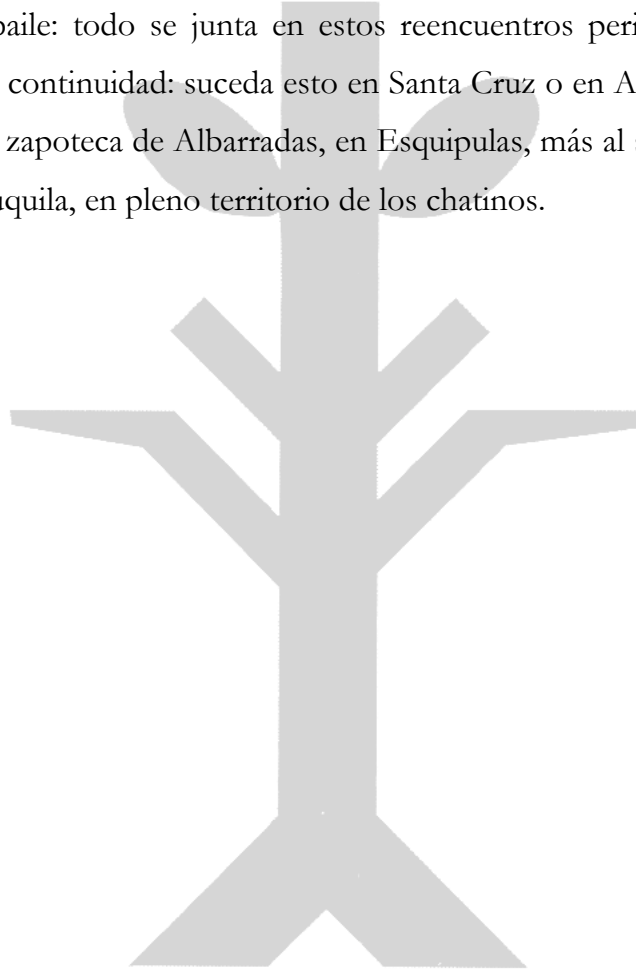
relación de *significación*: siendo la partícula el *significante* de un *significado* que social, histórica, convencionalmente abarca humanidad y divinidad y extiende la esfera de lo sagrado a lo humano y viceversa. ¿Hasta qué punto se podría sostener que existiendo un *significante* funcional, el *significado* no tiene ya existencia, ni siquiera capacidad alusiva, en la memoria, en el uso, en la conciencia colectiva? No es seguramente un caso que el primer gran rebelde y profeta mesiánico zapoteco (1545) se llamara *Pitio* y apelara a la visión en sueños de *Petela*, noble ancestro heroico que hace el llamado para que su pueblo se levante en armas contra los españoles invasores.

Pero los sacerdotes del periodo teocrático no se ocupaban solamente de la especulación filosófica y cosmológica: sus templos y recintos sagrados eran también depósitos de los dioses. Allí se acumulaban los excedentes producidos por los campesinos, extraídos en forma de donaciones votivas y de tributos; atesorados por la clase sacerdotal gobernante podían ser redistribuidos al pueblo en caso de crisis. Los templos se tornaban así en depósitos, en lugares de colección, acopio, administración y redistribución de los ingresos de derivación impositiva; en espacios centrales para el tráfico, el intercambio, el comercio de alimentos y bienes que llegaban desde la periferia y las provincias. Al mismo tiempo se transformaban en ámbitos de vida y de trabajo de nuevos sectores de la población: los artistas y artesanos al servicio de los religiosos. En los recintos religiosos también se realizaban los mercados de las capas dirigentes que podían obtener así bienes y objetos de lujo que provenían de tierras muy lejanas. E. Wolf (1974) señala la posibilidad de que los *pochtecas*, el sector de comerciantes, de la posterior época militar mexicana pueden haber sido descendientes de un linaje original de mercaderes de la época teocrática.

A la sombra de las grandes paredes de los templos y las ciudades sagradas también se realizaban los mercados del pueblo (*luquiiaa*, la plaza, el mercado de los zapotecos del Istmo o *xhiugu'* para los zapotecos de la sierra del Sur), quizás por mucho tiempo



vinculados a su origen, es decir a los peregrinajes religiosos periódicos. No hay peregrinaje anual en el área indígena campesina de Oaxaca que aún hoy no sea esencialmente lo mismo: conmemoración, cumplimiento social e individual con las divinidades y los hombres, fiesta, intercambio, comercio. La palabra para peregrinaje y para fiesta es la misma en el zapoteco hablado en las regiones montañosas del sur: *n'i*. Pedimentos, velas, copal, imágenes, borrachera, trato comercial, compra, venta, lavado, ritual, renovación, baile: todo se junta en estos reencuentros periódicos con más de veinticinco siglos de continuidad: suceda esto en Santa Cruz o en Astata, en la costa del Pacífico, en la sierra zapoteca de Albarradas, en Esquipulas, más al sur de la tierra maya guatemalteca o en Juquila, en pleno territorio de los chatinos.



Fuente: Varese, Stefano, “Apuntes para una historia de la etnia zapoteca”, *Guchachi’ Reza (Iguana Rajada)*, publicación trimestral, núm. 11, junio, 1982, H. Ayuntamiento de Juchitán, p. 2-5. Recuperado de Margarita Dalton (comp.), *Oaxaca. Textos de su Historia*, vol. I. Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1990. pp. 45-52.

